



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

Con los jóvenes de Asturias
LA UNION ENTRE VOLUNTAD Y VERDAD
«PADRE, SI ES POSIBLE APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ,
PERO NO SE HAGA MI VOLUNTAD, SINO LA TUYA» (Lc 22,42)
52ª Catequesis en los encuentros de oración
7 de abril de 2008

Texto a meditar: Lc 22, 39-46

Aunque estamos en tiempo de Pascua, precisamente este tiempo, es el que nos hace profundizar más aún en las cuestiones que son fundamentales para ser verdadero discípulo de Jesucristo. A la luz de la resurrección del Señor, qué bueno es pensar cómo Él se enfrenta con la cuestión más importante de la vida: poner nuestra existencia ante la Verdad que es Dios mismo. Un ser humano vive como tal, cuando tiene capacidad para situarse delante de Dios en todas las circunstancias que pueda vivir y le dice a Dios con todas las consecuencias: «*No se haga mi voluntad, sino la tuya*». Las palabras del Señor en el Monte de los Olivos, cuando le asedia la presencia próxima de la Vida verdadera, teniendo para ello que padecer la muerte injusta; cuando le asedia la soledad radical e inmensa con la que tiene que enfrentarse a la Verdad Suprema, teniendo que padecer para ello la injusticia; cuando le asedia el cansancio y el tedio, con expresión real del mismo, como fue sudar sangre; son de tal hondura y profundidad, que merecen nuestra atención en este tiempo pascual. Esta atención nos lleva a ver que la humanidad verdadera que todo ser humano aspira a vivir, debe pasar necesariamente por poner nuestra vida delante de Dios, en diálogo abierto con Él, ante la Luz y la Verdad que es Dios mismo.

Podemos decir que voluntad de Dios y verdad se unen, son lo mismo. Hacer o cumplir la voluntad de Dios es vivir en Verdad y vivir en Verdad es cumplir la voluntad de Dios. Jesucristo nos enseña que existe una voluntad de Dios con nosotros y para nosotros, que debe convertirse en el criterio de nuestro querer y de nuestro ser. No hay duda que tal como se presenta en el Nuevo Testamento la voluntad de Dios podemos afirmar, que la esencia del cielo es ser una sola cosa con la voluntad de Dios. Ahora entendemos por qué hay unión entre voluntad y verdad. Por otra parte, la tierra se convierte en cielo en la medida que en ella se cumple la voluntad de Dios y seguirá siendo tierra en la medida que se sustrae a cumplir la voluntad de Dios. En la tierra, como nos dice Jesús mismo, va a ver derramamiento de sangre; los hombres matan a un inocente, matan a quien ha venido a cumplir la voluntad del Padre. Por eso, querer hacer otra cosa distinta a la que Dios tiene prevista –como es dar vida nueva al hombre, aunque sea morir injustamente y con el sacrificio de la vida misma, es decir, dándola, donándola gratuitamente y sin condiciones– sería hacer que la tierra siguiese siendo tierra y que no apareciese el cielo, es decir, la

presencia viva, evidente, manifiesta de Dios mismo. Presencia de la Verdad entre los hombres para que vivan en la Verdad.

¡Qué hermosas son las palabras de Thomas Merton!: «*Cuando alguien intenta vivir sólo por sí y para sí, se convierte en una pequeña isla de odio, avaricia, sospecha, miedo y deseo. Su actitud entera ante la vida queda falsificada. Todos sus juicios quedan afectados por este engaño. A fin de recuperar la perspectiva verdadera, que es la del amor y la compasión, tenemos que aprender de nuevo, con sencillez, confianza y paz, que los hombres no son islas*» (Thomas Merton, *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander, 2006, 2ª edición, p. 62). Quizás, desde este pensamiento de Merton, podamos entender algo de lo que el texto de Lc 22, 39-46 nos dice. Pues en éste texto vemos a Jesús viviendo para Dios y por ello para todos los hombres.

¿Qué significa hacer la voluntad de Dios y no la mía? La Biblia parte del presupuesto de que el ser humano, en lo más íntimo de sí mismo, conoce la voluntad de Dios, es decir, que hay una comunión de saber con Dios profundamente inscrita en nosotros y que llamamos conciencia. Es una comunión en el saber con el Creador, que Dios mismo nos dio al crearnos a su imagen y semejanza. Pero también, es verdad que en el curso de la historia de la Humanidad, ha sido enterrada, aunque nunca se extinguió del todo, pero quedó debilitada, tremulante, sofocada, amenazada, con prejuicios. Por eso mismo, Dios nos sigue hablando en la historia: en el Decálogo del Monte Sinaí, en el Sermón de la Montaña. No son palabras impuestas desde fuera. Son revelación de la misma naturaleza de Dios y con ello explicación de la verdad de nuestro ser. De tal manera que podemos decir que la voluntad de Dios se deriva del ser mismo de Dios y nos introduce en la verdad de nuestro ser, nos saca de esa autodestrucción que produce la mentira, que nos convierte, como decía Merton, en islas.

Jesucristo nos habla de la voluntad de Dios varias veces; un tema que es central en la misión del Señor: Jn 4, 34; Mt 26, 39.42; Lc 22, 39, 46. Entendemos por qué Jesús es la Verdad, el Camino y la Vida. Él es el cielo, es Dios mismo en la tierra, es decir, Él es precisamente en quien se cumple y a través de quien se cumple plenamente la voluntad de Dios aquí en la tierra, convirtiendo esta tierra en cielo. Por eso hay que mirar al Señor para aprender que por nosotros mismos no podemos ser y vivir en el cielo, es decir, cumpliendo la voluntad de Dios, sino que somos tierra. Y la tierra es egoísmo, mentira, vivir para uno mismo, desentenderse de la Verdad. El cielo es todo lo contrario, se identifica con Dios mismo. Por ello, mirándole a Él y viviendo en comunión con Él, nos eleva hacia sí y nos hace entrar en Dios mismo, en la Verdad.

Conformar la voluntad humana a la voluntad divina es el corazón mismo de la redención, porque la caída del hombre reside en la contradicción de las voluntades, es decir, en la contraposición de la voluntad humana a la voluntad divina, que Satanás, príncipe de la mentira, hace entender al hombre que en esta contradicción y contraposición, está la condición de su libertad. Hizo comprender al ser humano que sólo la voluntad humana autónoma, viviendo la margen de Dios y por ello de la Luz y de la Verdad, es, según él, libertad. Pero Jesucristo viene a decirnos algo muy diferente –«*no se haga mi voluntad sino la tuya*»– y es aquí donde está la Verdad, aquí reside la Verdad, porque la voluntad de Dios no es lo contrario de nuestra libertad, sino fundamento y condición de su posibilidad. Podemos decir que sólo permaneciendo en la voluntad de Dios, nuestra voluntad se convierte en verdadera voluntad y es verdaderamente libre. La lucha que se produce en el Monte de los Olivos, es lucha por la Verdad, por la unidad, por la comunión con Dios.

Decía Thomas Merton:

*«Si quieres saber quién soy,
no me preguntes dónde vivo,
o lo que me gusta comer,
o cómo me peino;
pregúntame, más bien,
por lo que vivo, detalladamente,
y pregúntame si lo que pienso
es dedicarme a vivir plenamente
aquello para lo que quiero vivir» (Ibid., p. 35-36).*

¿Acaso no es esto preguntarse si estoy viviendo cumpliendo la voluntad de Dios o la mía propia?

En esta Pascua del año 2008, cuando os planteo a los jóvenes de Asturias que vivir haciendo la voluntad de Dios es vivir en y desde la Verdad, quiero dirigirme a la Santísima Virgen María, en la advocación tan querida por nosotros de Santina de Covadonga, para invitaros a todos a que digáis conmigo:

*«Santina de Covadonga,
enséñame cómo se va a ese país que es cumplir la voluntad de Dios.
Enséñame a orar desde este lado de la vida,
donde nos encontramos los hombres debatiéndonos
entre vivir en la Verdad y la mentira,
y muy a menudo haciendo prevalecer la mentira y arrinconando la Verdad.
Santina de Covadonga,
necesito que me guíes, dame tu mano, que yo te doy la mía y mi corazón.
Mueve mi corazón y con tu oración méteme en la Verdad.
Robustece mi voluntad.
No me dejes caer en la tentación de confundir la voluntad de Dios con la mía.
No dejes que caiga en la mentira de creerme
que en hacer mi voluntad está la conquista de la libertad.
Santina de Covadonga,
necesito que tus manos sanadoras actúen en mi vida
y me hagas escuchar siempre: «Haced lo que Él os diga».
Necesito que hagas de mi vida lo que hiciste con la de tu Hijo,
una vida de quien va por el camino de esta historia sanando, consolando, salvando,
reconociendo a todos los hombres como imágenes de Dios.
Santina de Covadonga,
ruega por mí y por todos los hombres
para que tengamos la osadía de no escamotear la Verdad, que es Dios mismo,
y que se nos ha revelado plenamente a todos en tu Hijo. Amén».*

Con gran afecto, te bendice
+ **Carlos**, Arzobispo de Oviedo